

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio

Fecha: Lunes 14 de noviembre de 2016

Página: 4B

Año: 92

Edición: 34.900

Descriptor: **PINTURA DE TIGUA, PINTURA POPULAR, FOLCLOR, OLGA FISCH, TIGUA.**

Las máscaras de Tigua tan coloridas como sus pinturas

En Tigua, Cotopaxi, hay artesanos que dejaron de pintar en cuero de borrego y acrílico para dedicarse a la elaboración de máscaras en madera de pino. Personajes de las fiestas populares del norte ecuatoriano se representan con ese estilo de alegorías.



Dos mesas grandes recogen una muestra de las máscaras multicolores que Manuel Toaquiza trajo desde Tigua. El arte de pintar y hacer cosas relacionadas con el arte y artesanía se ha convertido en una de las actividades primordiales que tienen la gente de este sector de la provincia de Cotopaxi.

Las máscaras son más coloridas que las pinturas sobre cuero, otro de los elementos insignes de ese sector; y claro, esto de las máscaras también resultó del impulso de uno de los miembros del clan Toaquiza, Manuel, un hombre de 50 años, que desde los 25 empezó a trabajar en la pintura, actividad que la abandonó porque se vinculó por la elaboración de máscaras.

La pintura es la base de su trabajo. Se alejó del arte bidimensional para ingresar en lo tridimensional, es decir, en la escultura. Al inicio, esto fue hace unos 15 años, Manuel propuso tallar en madera las máscaras que había visto en las grandes fiestas del norte del Ecuador: el Inti Raymi de Otavalo y la Diablada de Píllaro, principalmente.

El primer intento salió bien, el segundo también, el tercero no se diga y desde entonces reemplazó el cuero de borrego que hacía las veces de lienzo, por los tucos y tablones de madera. La aspiración del artesano, que dejaba la pintura para abrirse en una nueva actividad, era que el público aprecie lo que sabe hacer. Tan bueno fue proponer que, hoy Tigua tiene más de seis artesanos de la máscara.

Las máscaras que elabora Toaquiza son de diversos tamaños, colores, modelos y muchos personajes. En un principio los motivos primordiales fueron los personajes de las fiestas populares, estos son: monos, jaguares, diablo huma, perros, zorros, borregos, en fin máscaras de animales que tenían un valor representativo en las celebraciones religiosas.

Dos cosas motivaron a Manuel a dar forma a las máscaras: primero trajo a la memoria esos trajes y máscaras que sus antiguos, es decir sus padres y abuelos, alquilaban en Saquicilí para la fiesta del Corpus Christi. Tan presente estaba en sus recuerdos que decidió elaborarlas, conservando esos rasgos antiguos y poniendo en vigencia esa parte de la cultura de su pueblo.

Segundo; mientras vendía sus pinturas en Quito, observó que los turistas solicitaban en los almacenes máscaras con características de antiguos y legendarios personajes de las fiestas populares; viendo eso, Manuel se convenció que la pintura no era su fuerte, y que las máscaras serán, desde entonces, la razón de su trabajo.

Aprender de lo observado y lo vivido

No fue fácil encontrar una escuela o una guía donde aprender a dar forma, profundidad, aspectos a la máscara; así que acudió a los espacios donde alquilaban estos elementos, se fijó en cada característica de ellas y ahí entre vecinos y amigos pintores concretó su objetivo.

A lo lejos ya se distinguen las máscaras de Manuel, es imposible perder de vista los colores que sobresalen. Generalmente las máscaras penden de un hilo que se cuelga sobre travesaños, reposan sobre mesas o están sujetadas a paredes. Son máscaras de diablos alegres, muelones y cachudos.

Otras tienen formas de animales. El perro no falta. El zorro, el jaguar y una serie de representaciones de animales que para la gente de Tigua son hasta mitológicos. Hay máscaras de aves, ya sean de colibríes, de búhos, o de felinos propios de la serranía, el puma, por ejemplo. Las máscaras de las aves son coloridas, ninguna es monocromática sino varias tonalidades se combinan en un mismo elemento; además llevan pico grande y voluminosos ojos.

No pueden faltar en esta variedad la representación del diablo huma, ese tradicional personaje que casi nunca falta en las festividades religiosas de la serranía ecuatoriana. Los diablos humas de Manuel son tan coloridos que no queda ni un espacio para el vacío y los hay en diversos tamaños.

Las máscaras grandes tienen ojos inmensos, nariz anaranjada, una boca que se toma la cara por la expresión de alegría. El rostro se pinta de verde celeste y azul, la parte que cubre la parte frontal de la cabeza es roja amarilla, sus orejas son verdes y sus cuernos son celestes, marrones, amarillos, rojos, blancos.

La máscara de diablo huma es una fiesta de colores, y se pinta así porque es un personaje emblemático en las celebraciones religiosas que tienen las comunidades andinas del país. El diablo huma se caracterizan porque portan los siete colores del arco iris, pero esa no es la base, puede tener más colores. La pintura que en estos elementos se aplican no abandonan las características de arte Tigua: coloridas y con rasgos del realismo mágico.

Las máscaras se elaboran en madera de pino, es la más suave, deja buen aroma y garantiza durabilidad. Los constructores de estas artesanías consiguen la materia prima allá en Cotopaxi, en los campos de Pujilí, donde están los árboles que los compran.

Los mismos artesanos ya saben en que dimensiones cortar los tucos o pedazos de maderos, dependiendo del modelo de máscara a elaborar, esos tucos se ponen a secar por un tiempo hasta que estén listos para ejecutar la obra.

Cómo elaborar las máscaras

Azuela y formón en las manos son las herramientas que dan forma a las coloridas alegorías. Los artesanos dedican un buen tiempo a esculpir las hasta darlas forma, expresión y tamaño.

Una vez que el madero se transformó en la preciada artesanía, su autor la pone a sacar en el patio del taller. Culminado este proceso, viene el lijado y el fondeado con yeso;

en ese momento la pieza se viste de blanco y antes de proceder a ponerle la pintura es dispensable pasar un lijado más, sobre eso se aplicará el color

Ninguna más cara es igual, todas todas son diferentes. Los artesanos de Tigua no diseñan bocetos, el modelo de las mismas ya las tienen en la memoria, ellos recuerdan siempre, como la gente bailaba con la máscara de un tigre, de un payaso, de un diablo o de cualquiera de los seis personajes principales que tienen las fiestas de los pueblos del norte ecuatoriano.

El secreto para lograr una buena máscara, sin duda está en su pintura, por ello, darle el color es un trabajo de observación, de análisis, de saber combinar las tonalidades. Si se pintan animales es importante tener bien definido el color que caracteriza a los borregos, los perros, los jaguares. Eso no significa que esos colores mandan en las máscaras, también aquí juega la imaginación del artesano, por eso pintan jaguares multicolores, monos rosados u otras alegorías con tonos festivos.

Para pintar las máscaras se requieren varios días, pero depende del tamaño de las mismas. Las grandes se pintan en dos o tres días. En este trabajo, el artista debe tomar en cuenta que el color tiene que tener el espacio exacto, que no se pase ni un poquito de la raya determinada, además tienen que observar que los colores sean acertados y justo lo que se quería.

En el taller de Manuel trabaja Moisés, su hijo de 23 años que aspira estudiar administración de empresas para darle un emprendimiento mayor a esa destreza de hacer máscaras. Moisés aprendió el oficio desde pequeño, empezó diseñado y elaborando máscaras tradicionales, pero desde hace algunos años, a través de la Internet, se dedicó a investigar sobre las máscaras del mundo y gracias a ello innovó los productos.

Los nuevos modelos en manos de las nuevas generaciones Moisés se cautivó por los estilos de máscaras mexicanas, entonces en su portafolio de propuestas están máscaras grandes y pequeñas, entre ellas aquella como el cráneo y rostro de una calavera. Su cualidad, ser multicolor. La máscara es una combinación cromática donde entran en armonía el rojo con el violeta, los anaranjados, amarillos y algunos tonos de verde. Ninguna de ellas carece de color. Hay otras que tienen una especie de protuberancia hacia arriba del cráneo y asta se acompañan de plumas de colores.

Hacer máscaras de conejos, aves y otros animales del páramo es una forma de vincularse con la tierra; es como lograr una conexión con la pachamama, como también con los saberes ancestrales, con aquello que dejaron los abuelos; ese es el

motivo que mueve a Moisés, quien en un afán por no quedarse dentro de un estatismo cultural, decidió sumar a esas formas ancestrales de máscaras formas y colores nuevos.

Sus propuestas no hubiesen tenido éxito, si el joven no hubiera escarbado en la historia y en los paisajes geográficos, sociales y festivos de su pueblo; sino hubiera preguntado cómo eran, quienes la hacían, cómo llegaban a Cotopaxi esos preciados elementos. La historia es la mejor aliada para quien desea innovar, porque es transportar cosas de antaño a las perspectivas que tienen las nuevas generaciones.

“Para hacer máscaras hay que ser observador; no se puede escapar ningún aspecto, pero sobre todo hay que tener paciencia a la hora de pintar; la paciencia es la que demanda un buen trabajo”, explica Moisés.

Los costos de las máscaras varían; van desde cinco dólares hasta las más grandes y coloridas que se usan en la Diablada de Pillaro y que cuestan 200 dólares, éstas últimas son las que se prestan para combinar con un disfraz. (BSG)-(Intercultural).

